

## Transcripción de audio: *Garabato* de Julia Solomonoff

Esta mañana hice yoga con mi profesora en Buenos Aires.

Después di clases para mi universidad en Brooklyn.

Aunque muchos ya no están en Nueva York.

Han regresado a sus casas familiares o a sus países

y se despiertan a horas extrañas para seguir estudiando.

A la tarde moderé un debate para un festival en Holanda.

Y cuando una amiga desde Brasil me invitó a una reunión por Zoom, yo le dije que no podía más de pantallas.

Apagué todo y salí a caminar por el parque.

Mientras camino me pregunto cómo se grabará en nuestra memoria esta época que aceleró tanto el pasaje a lo digital.

¿Dónde quedan los lugares? ¿Los olores?

¿Los objetos físicos que llevan en sí el rastro de un momento y lo encapsulan?

¿Cómo recordamos cuando no queda rastro físico?

Cuando no hubo abrazo después de las palabras.

¿Cómo imprime aquello que no pasó por el cuerpo?

Escribo en este cuaderno para recordar y a veces escribo para olvidar.

Mis estudiantes, mis hijos ya no escriben a mano.

En tan solo un año los cuadernos se han vuelto obsoletos.

Hoy vamos a hablar de un artefacto que era de uso corriente en el pasado: el cuaderno.

El cuaderno es un objeto de tamaño variable y usos múltiples.

Puede ser de tapas blandas o duras.

Dependiendo de sus usos, el cuaderno podía ser rayado, cuadriculado o liso.

El rayado tenía una serie de líneas espaciadas, denominadas renglones y un margen.

El renglón se utilizaba para que la letra no se desviara.

Explicaremos qué es la letra más adelante.

El cuadriculado se usaba para matemáticas

porque ayudaba a ver dimensiones espaciales.

El liso se usaba para dibujo.

El cuaderno se abría así y se pasaba la página.

No se podía ni saltar ni rolar.

Había que ir página por página.

Aburridísimo.

Los defensores de los cuadernos sostenían que estos ayudaban a visualizar una progresión en el aprendizaje.

Que el conocimiento se dispersaba en las hojas sueltas o páginas web.

Los cuadernos no solo se usaban en la escuela.

Mucha gente los usaba para el trabajo y la vida cotidiana para administrar su tiempo y contactos, llamados agendas y calendarios.

O para anotaciones personales.

Estos últimos se llamaban diarios íntimos.

Era común regalarle a las niñas diarios con llave y candado.

Había una tradición de regalar almanaques a fin de año para augurar un feliz año nuevo.

Los calendarios o agendas solo contemplaban un huso horario porque las tareas y reuniones sucedían en espacios geográficos fijos.

En una época yo pasaba los teléfonos de una agenda a otra a fin de año.

Ese ritual me llevaba a recordar gente querida, reevaluar a quiénes iba a seguir viendo el próximo año.

Anotar sus teléfonos y sus cumpleaños.

Recuerdo la impresión de reconocer el nombre de alguien fallecido.

O la confusión al leer un nombre de alguien a quien ya no podía recordar.

Cuando alguien cometía un error, no se podía arrancar la página.

Cuando alguien cometía un error, no se podía arrancar la página.

Si se cometía un error en tinta, se podía tachar, pero todos veían el error.

Si era en lápiz, se podía borrar, pero siempre quedaba una evidencia física de las dudas o faltas.

Nada agradable para alguien que quiere ser considerada perfecta.

La supresión de los cuadernos simplificó la labor de maestros que ya no necesitaron revisar tareas ni corregir exámenes.

Finalmente el algoritmo garantizó transparencia y ecuanimidad.

Extraño las aulas y los pasillos.

Las charlas y las discusiones en las que nos pisábamos.

Esta época me hizo revalorar mi trabajo como educadora.

Me reveló cuánto había internalizado esa idea individualista, exitista y también masculinizada del director o directora de cine por sobre el rol feminizado y subvaluado del de maestra.

Como profesora encontré una nueva fuerza en el encuentro con mis estudiantes, que me dan un sentido de pertenencia, una comunidad diversa y dinámica.

La letra era el acto físico de la escritura.

Se enseñaba en las escuelas a partir de los cinco o seis años y con la práctica el trazo iba evolucionando o modificándose.

Se podía llegar a adivinar el grado de educación, la profesión y hasta la nacionalidad de alguien por su letra.

Busqué entre sus papeles las palabras sueltas y me las tatué.

La letra de mi abuela en su cuaderno de recetas.

La de mi abuelo en los crucigramas.

La letra de mi padre en sus cartas.

La de mi madre ilegible en sus recetarios médicos.

La letra podía denotar emoción, miedo, nerviosismo, duda.

Expresar afecto como una caricia.

Ser expansiva o tímida.

La letra es una marca individual, un gesto.

Empieza torpe y trabajosa, y se va volviendo gestual y personal con el tiempo.

Y a la vejez empieza a desdibujarse.

¿Qué se pierde cuando se pierde la letra propia?

Mi papá falleció este año en medio de la pandemia.

Bajo mi mirada y repitiéndome: “que nunca se me borre esta imagen.”

Mi hermana encontró en la mesa de luz una carta de mi padre dirigida a ella.

No sé qué mundo será el de mañana ni la vicisitudes que deberán atravesar y aunque sea absurdo o exagerado, deposito en vuestra hermandad

una especie de alivio y esperanza.

Dense un gran abrazo.

Nosotros estaremos dentro de él.

Papá.

Este uno de los misterios de la era de los cuadernos.

La proliferación de garabatos.

Su función o mensaje es difícil de descifrar.

Aparecen generalmente en el margen y a veces tienen una conexión aleatoria con el texto.

Otras veces parecen expresar la vida interna del estudiante.

Sin ninguna relación con el tema de estudio.

Hace unos años una maestra retó a mi hijo por distraerse y hacer garabatos en su cuaderno.

Con la pandemia, él se dedica cada vez más al dibujo pasando de papel a pantalla mientras el tiempo desaparece en su estado de concentración.

Hay un pueblo en la provincia de Santa Fe, que se llama “Garabato.”

Estamos investigando si hay alguna conexión entre esa práctica y sus habitantes.

En el tango también existe la figura “garabato” o “firulete”.

Pero su conexión con la escritura no pudo ser comprobada por el algoritmo.

El pasaje al mundo virtual nos permitió romper con el tiempo cronológico y entrar finalmente a la era cuántica.

Ya no necesitamos trasladarnos físicamente para estar en varios lugares a la vez y vivir en realidades paralelas y simultáneas.

El movimiento genera nuevas ideas.

¿Cuán estanco es el pensamiento de alguien que ya no se desplaza?

De alguien que pasa de una reunión a otra con un click o que pasa del trabajo a la vida social sin desplazarse.

¿Cuánto del pensamiento se genera en los tránsitos, los recorridos, las esperas?

¿Qué perdemos cuando ya no nos acercamos a otros?

Cuando nuestras vidas dejan de cruzarse, cuando no podemos ver el mundo desde perspectivas móviles o múltiples y quedamos en un punto fijo.

Cuando no podemos ponernos físicamente en el lugar de otro.

O estar simplemente en otro lugar.

Black lives matter!

¿Qué calle? Nuestra calle. ¿Qué calle? Nuestra calle. ¿Qué calle? Nuestra calle.

Black lives matter! Black lives matter!